

**El Arzobispo Thomas Wenski predicó esta homilía en la celebración de la Misa en la Iglesia St. Lawrence, en North Miami Beach, el 4 de septiembre de 2022. Durante la Misa, instaló al Padre Cletus Omode como párroco de la parroquia.**

Como ya sabrán, he venido a St. Lawrence hoy para instalar oficialmente al Padre Cletus Omode como su párroco. Ahora ya ha pasado un tiempo; pero cuando asigno a un sacerdote para dirigir una parroquia por primera vez, lo nombro “administrador”, luego, después de un tiempo, si no se equivoca demasiado, le doy el título más oficial de “párroco”. Básicamente significa que lo tendrán entre ustedes por un tiempo más. Tiene las mismas responsabilidades, las mismas obligaciones y el mismo salario. (Y, por supuesto, hoy he venido con refuerzos, además de nuestros sacerdotes locales, tenemos al padre Mariusz Koch, director espiritual del seminario en Nueva Jersey, y al obispo [Peter] Baldacchino de Las Cruces, Nuevo México).

Cuando escucho esta lectura del Evangelio de la misa de hoy, que presenta a Jesús camino a Jerusalén, donde morirá en una cruz, recuerdo a un pastor protestante, Dietrich Bonhoeffer, que vivió en la Alemania nazi, y fue ejecutado por Hitler justo unas semanas antes del final de la guerra.

Dicho pastor había escrito un libro llamado "El costo del discipulado" en el que criticaba mucho el estado de la Iglesia en Alemania en el momento de la toma de poder por los nazis. Sintió que muchos fieles llegaron a creer en una idea falsa de lo que se trataba la vida cristiana. El Evangelio ya no se consideraba exigente porque muchos llegaron a creer en lo que él llamó “gracia barata”. La gracia barata, dijo, es la predicación del perdón sin necesidad de arrepentimiento, el bautismo sin disciplina, la Comunión sin confesión, la absolución sin conversión personal. La gracia barata es gracia sin discipulado, gracia sin cruz, gracia sin Jesucristo que, resucitado, aún lleva las heridas de su Pasión.

Jesús, que está en camino a su crucifixión, no quiere que ningún discípulo piense que se trata de una gracia "barata", por lo que desafía a sus discípulos, y nos desafía, hoy, a nosotros. Y básicamente, Jesús les dice a sus discípulos (y a nosotros) lo mismo. Jesús no vino a sufrir y morir por nosotros y a resucitar de entre los muertos sólo para hacernos discípulos mediocres y poco entusiastas que dudan en seguirlo a donde quiera que nos lleve.

Al igual que Jesús hizo con sus primeros discípulos, Jesús también nos invita a seguirlo. Pero el discipulado tiene un “costo”: seguir a Jesús nos sacará de nuestra comodidad, seguir a Jesús a menudo será un inconveniente porque requerirá que renunciemos a

nuestras prioridades, a nuestras preferencias, para hacernos como él y hacer nuestras sus prioridades y preferencias. Y sin duda, escuchar al mismo Jesús que nos dice que amemos a nuestros enemigos, decirnos que debemos odiar a nuestros padres y familias puede ser un poco molesto para algunos que no están familiarizados con los modismos semíticos.

Ser discípulo de Jesús significa que Él debe ser preferido antes que a todos los demás. Responder al llamado de Jesús, "Sígueme", es a la vez un don y una tarea exigente que sólo es posible a través de la conversión de nuestra mente y corazón, una conversión que nos permite abrazar la cruz y ver el mundo como Jesús lo ve.

Si vamos a seguir a Jesús, debe ser bajo sus términos, y no bajo los nuestros. Caminar en la compañía de Jesús significa renunciar al interés propio y a las lealtades que compiten entre sí.

La gracia es un regalo gratuito de Dios para nosotros, pero no es barata; la gracia es costosa —le costó caro a Jesús— su sufrimiento y muerte en la cruz.

No podemos salvarnos a nosotros mismos; solo Dios puede salvar. Pero Dios no nos salvará contra nuestra voluntad. Con demasiada frecuencia, escuchamos hablar o expresar, en tantas palabras, ciertas actitudes que esconden una versión falsificada de una gracia barata. Es una actitud que se expresa en la frase: "Dios me acepta tal como soy". Ciertamente, Dios nos ama tal como nos encuentra, no nos ama porque seamos buenos, Jesús murió por nosotros cuando aún éramos sus enemigos. Sin embargo, debido a que Dios nos ama, podemos llegar a ser buenos. Nunca debemos desesperarnos por el "desorden" de nuestras vidas, porque Jesús vino a llamar a los pecadores. Él nos llama tal como somos, pero también nos llama a la conversión; en otras palabras, ven cómo eres pero no te quedes como estabas.

Cada Misa comienza con el reconocimiento de nuestros pecados y debilidades. "Me confieso a Dios Todopoderoso y a ustedes, mis hermanos y hermanas". Antes de acercarnos al altar para recibir la sagrada Comunión, decimos: "Señor, no soy digno....pero una palabra tuya bastará para sanarme". En otras palabras, le pedimos a Dios que perdone nuestros pecados, no que los bendiga.

Este es un desafío para aclarar nuestras prioridades. Renunciar a nuestras prioridades y a lo que nos resulta cómodo o conveniente es parte del costo del discipulado. Si Jesús dice, "sígueme", no respondes: "Hoy estoy un poco ocupado, pero puedo ir a ti mañana". Si eres un discípulo, vas donde va Jesús. Ya no se trata de ti sino de él. Él no nos pide que respondamos a su llamado en nuestra "primera oportunidad". ¿Qué tipo de discípulo sólo acompaña a Jesús cuando tenga tiempo?

Tu pastor, el Padre Cletus, te enseñará, con la palabra y el ejemplo, cómo ser un discípulo de Jesús.

El liderazgo religioso se trata de llevar a otros a Cristo. No se puede reducir a “sonrisas y estilos”. La autoridad de un pastor no se trata de guiar a otros hacia sí mismo sino hacia el Señor. No debe señalarse a sí mismo, sino señalar siempre a Cristo.

Como su párroco, al padre Cletus Omode se le confía el “cuidado de sus almas”, lo que en latín se llama “cura animarum”. Este cuidado de las almas es una tarea triple. Primero, debe instruirles fielmente lo que la Iglesia cree y enseña. No habla en su propio nombre sino en el nombre de Cristo. En segundo lugar, debe conducirlos, como el Buen Pastor, a pastos seguros. Y tercero, debe llevarlos a una mayor santidad. En el confesionario, en la Eucaristía, en la unción del bautismo, de la confirmación y en el cuidado de los enfermos, el Padre los fortalecerá en la gracia que los hará crecer en santidad ante el Señor.

El padre te servirá bien. Y lo hará no llamando la atención sobre sí mismo, sino llamando la atención sobre el Señor; lo hará no buscando sus propios intereses sino poniendo, en primer lugar, la voluntad de Dios y bienestar de su pueblo; no lo hará tratando de complacer a todo el mundo, ya que el que trata de hacer eso por lo general termina sin complacer a nadie; más bien, lo hará tratando de agradar al Señor en todas las cosas.

Parafraseando al gran San Agustín: “Contigo es cristiano, católico; para ti es un líder, un pastor de almas”. Les pido que recen por él, que le den su apoyo, su amor, y como soy su arzobispo, pido lo mismo para mí, oración, apoyo y amor.

Padre Cletus, ama a tu pueblo con corazón de pastor y aliméntalo, llévalo a Cristo y enséñalo con dulzura, con la palabra y el ejemplo.